


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Víctor Arrambide, Carmen McEvoy y Marcel Velázquez, *La Expedición Libertadora: entre el Océano Pacífico y los Andes* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2021).

Bruno Spagnuolo

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

brunospagnuolo1987@gmail.com

Fecha de recepción: 21/12/2022

Fecha de aprobación: 06/03/2023



A los que con tanta audacia, a veces con tanta sutileza, a veces con tanta malicia (y aún malignidad) intentan renovar la imagen de nuestro surgimiento como nación sólo sería acaso oportuno recordarles un hecho demasiado evidente para que parezca necesario mencionarlo, un hecho que, por ocupar el primer plano del panorama, es sin embargo fácil dejar de lado: que lo que están estudiando es, en efecto, una revolución”¹. Ya en 1961 Halperín Donghi advertía de esta forma sobre la inherente tensión entre complejizar la mirada sobre los procesos revolucionarios americanos, rastrear sus contradicciones en base a las continuidades con sus períodos previos y,

¹ Tulio Halperín Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2009), 159.

en el proceso, perder de vista el carácter eminentemente disruptivo que caracterizó al proceso revolucionario en su totalidad.

La renovación historiográfica de los estudios sobre las independencias americanas acaecida en las últimas décadas aporta justamente a la complejización de la lectura de un proceso de larga duración que aparece en los imaginarios nacionales como el punto de partida de las naciones americanas. Frente a este imaginario, los historiadores e historiadoras profesionales vienen llevando adelante una ardua tarea de deconstrucción de las interpretaciones canónicas sobre las que se apoyaron. El eje central de esta renovación se encuentra en el carácter contingente de los resultados de la disputa y, en el mismo sentido, en evitar las esencializaciones, tanto políticas como sociales. Estudiar el proceso revolucionario en sí mismo, en tanto fenómeno único “no como entrecho entre dos estados conocidos –el principio y el final–”² es la propuesta metodológica que ha dado como fruto la diversificación de las áreas de estudio (historia social, intelectual, conceptual, de la guerra, de las identidades, diplomática, etc.) y de escalas, que ha proliferado (historia global, regional, local, microhistoria, historia atlántica)³. Así, se consolidó una historiografía que se apoya sobre la ruptura de la clave interpretativa en torno a la preexistencia de la nación, la recuperación del carácter contingente de las organizaciones y procesos resultantes de las revoluciones y la inclusión de las mismas dentro de un ciclo más amplio de “revoluciones atlánticas”⁴.

En este escenario, el caso de la Expedición Libertadora al Perú se presentaba particularmente desafiante. El análisis desde la historiografía canónica resultaba decepcionante: historias fragmentarias, balances más morales que históricos sobre lo acontecido y reñidas disputas sobre la nacionalidad de los personajes principales y secundarios de la gesta. Uno de los resultados más

2 Francois-Xavier Guerra, “Lógicas y ritmos de las revoluciones hispánicas” en *Las Revoluciones Hispánicas: Independencias americanas y liberalismo español*, dir. Francois-Xavier Guerra (Madrid: Editorial Complutense, 1995), 14.

3 Para un estado de la cuestión estructurado sobre los avances y discusiones en torno a este campo véase Pilar González Bernaldo de Quiroz, dir. *Independencias iberoamericanas. Nuevos problemas y aproximaciones* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015).

4 Tulio Halperín Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, (Buenos Aires: Siglo XXI, 1972), Halperín Donghi, *Tradición política española*; José Carlos Chiaramonte, *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempo de las independencias* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2004) y François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, (México: MAPFRE/Fondo de Cultura Económica, 1993).

clásicos de estos enfoques fue la discusión sobre el carácter “concebido” o “concedido” de la independencia peruana⁵. Sin embargo, la historiografía peruana ha venido generando una renovación en sus marcos interpretativos, complejizando y situando la experiencia bélica y protectoral, así como buscando comprender las fuentes y los discursos en los que la misma abrevaba con el objetivo de interpretar un proceso de largo aliento —que inicia pero no concluye con la Expedición— que se considera constitutivo de la identidad peruana, y que es en sí mismo problemático para buena parte de las hispanoamericanas. Aportes pioneros como los de Carmen McEvoy⁶ y Víctor Peralta Ruiz⁷, deben destacarse por su riqueza y complejidad a la hora de renovar una historiografía que — al igual que la totalidad de las latinoamericanas— no estuvo exenta en su desarrollo de los vaivenes políticos que sufrió su país durante el siglo XX.

En este escenario, *La Expedición Libertadora al Perú. Entre el Océano Pacífico y los Andes* es, como los propios autores plantean, “el primer análisis contemporáneo de la Expedición Libertadora” (p. 11). La obra fue compilada por Víctor Arrambide y Marcel Velázquez de la Universidad Mayor de San Marcos y Carmen McEvoy, reconocida estudiosa del período, actualmente profesora en la Universidad de South-Sewanee, Estados Unidos. Los tres han compilado las contribuciones presentadas por historiadores e historiadoras de distintas nacionalidades —argentinos, chilenos y peruanos, en su mayoría— en el marco del Congreso “Entre el océano Pacífico y los Andes: la Expedición Libertadora en perspectiva histórica 1820-2020”, desarrollado el 25 y 26 de noviembre de 2019, en el Centro Cultural de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, antiguo Convictorio de San Carlos. La diversidad de enfoques y de nacionalidades de los y las autores y autoras enmarca al libro en una perspectiva que entiende a la Expedición como un fenómeno continental y, a su vez, la repone en su sentido histórico buscando “desprenderse del relato nacionalista [y] acceder a una historia conectada” (p. 9).

5 Heraclio Bonilla, *La Independencia en el Perú* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1972); Jorge Basadre, *El azar en la historia y sus límites* (Lima: Ediciones P. L. Villanueva, 1973).

6 Carmen McEvoy, *En Pos de la República. Ensayos de historia política e intelectual* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2019), 69-83; Carmen McEvoy, “El motín de las palabras: la caída de Bernardo de Monteagudo y la forja de la cultura política limeña (1821-1822)”, *Boletín del Instituto Riva-Agüero* 23 (1996): 89-139.

7 Víctor Peralta Ruiz, *La Independencia y la cultura política peruana (1808-1821)* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2010); Víctor Peralta Ruiz, “La pluma contra las Cortes y el Trono. La prensa y el desmontaje del liberalismo hispánico en el Perú, 1821-1824”, *Revista Indias* LXXI, no. 25 (2011): 729-758.

El libro está dividido en cuatro grandes partes que dan cuenta de esta perspectiva. La primera centra su atención en el período previo al desembarco. Los artículos de Marcela Ternavasio y Beatriz Bragoni —ambas historiadoras argentinas—, Ana María Stiven —historiadora chilena— y Pablo Ortemberg —también argentino— hacen eje en las tensiones y disputas alrededor de la concepción y preparación de la expedición, así como de sus homenajes posteriores.

La segunda parte del libro aborda los vínculos y dinámicas establecidas por los distintos actores peruanos y altoperuanos para rastrear las múltiples tensiones y pertenencias que atravesaban la sociedad al momento del arribo de la Expedición. Así, los artículos de Frank Petrel (Universidad Nacional de San Agustín y Universidad Católica de San Pablo de Arequipa), Tim Fanning (investigador independiente de Irlanda), Víctor Peralta Ruiz y Gabriel Cid —el uno peruano y el otro chileno, ambos con amplia trayectoria en sus campos de estudio— dan cuenta de la multiplicidad de actores sociales y redes de sociabilidad que intervinieron en la Expedición para garantizar su ejecución.

La tercera parte focaliza su mirada en la ciudad de Lima y casi la totalidad de sus autores son de nacionalidad peruana —la excepción es Ascensión Martínez Riaza cuya trayectoria en estudios sobre el Perú es extensísima—. La mirada sobre la capital que propone el libro es multidimensional y abarcativa. Martínez Riaza analiza la trayectoria del virrey Pezuela en el período; Claudia Rosas Lauro, los temores que atravesó la ciudad a lo largo del período; Cristina Mazzeo, las tensiones que produjo el monarquismo de San Martín con el republicanismo peruano; Víctor Arrambide, la disputa de escritos entre 1820 y 1821; y, finalmente, Carmen McEvoy reflexiona sobre las limitaciones de la “independencia controlada” que propuso el Protectorado del Perú. De esta forma, el libro devuelve una imagen de Lima cruzada por complejas tensiones y disputas que condicionaron el accionar de San Martín y sus ministros a la hora de establecer el Protectorado del Perú.

La última parte del libro centra su atención en el interior del territorio peruano. Nueve estudios de caso, con diversos planteos teóricos llevados a cabo unánimemente por historiadores e historiadoras peruanas —en muchos casos con filiación institucional o nacimiento en las regiones que estudian— arroja una imagen mucho más compleja y diversa del interior del territorio de lo que habitualmente se analiza. Así, los artículos de Nelson Pereyra Chávez, Elizabeth Hernández

García, Gustavo Montoya, Pio Mendoza Villanueva, Gonzalo Zavala Córdova, Margareth Najarro, Luis Alberto Rosado Loarte, Juan José Rodríguez y Víctor Condomí abarcan las principales ciudades peruanas —Huánuco, Cuzco, Huamanga, Paita y Arequipa— así como las múltiples regiones que se vieron involucradas en la disputa —la Sierra central y la norcentral, la Amazonía y el partido de Chancay— para devolver un territorio peruano que fue transversalmente movilizado por el fenómeno de la guerra y la discusión política.

Así, el libro le devuelve a la Expedición con una asombrosa potencia el carácter contingente que tuvo a lo largo de toda su extensión, haciendo eje en los años 1819-1821 pero ampliando la cronología de sus análisis. Intentando un ejercicio de síntesis de la más reciente tradición historiográfica —sin dejar de ser una compilación— el libro consigue transmitir una imagen completa de la Expedición como un proceso indeterminado, de creación colectiva, de reinterpretación local, atravesado por tensiones múltiples —identitarias, políticas, sociales y, por supuesto, bélicas— que, sin embargo, lejos de devolver la impresión de una anarquía caótica nos presenta una experiencia que puso en juego virtualmente la totalidad de los fenómenos desatados por los procesos de independencia en el escenario geográfico y político más intrincado y complejo de la América del Sud.

El artículo de Marcela Ternavasio, que abre la primera parte, busca reponer el contexto global e inter-imperial en el que se desarrolló tanto la etapa de concepción de la empresa (1816-1817) como la de su ejecución inicial (1818-1819). La autora recupera las hipótesis de alianzas y conflictos por las que transitaron los actores que concibieron y ejecutaron la Expedición. Así, la disputa de Buenos Aires con el bando artiguista y el peligro potencial de una alianza luso-española dan cuenta del universo de posibilidades que se abría a los protagonistas, teniendo en cuenta la información con la que contaban tras el retorno de Fernando VII al trono y la reposición del absolutismo.

Los artículos de Beatriz Bragoni y Ana María Stiven que le siguen, centran su atención en el contexto cuyano y chileno de la preparación de la Expedición. La primera ilustra las tensiones y conflictos que debió sortear San Martín en su plan continental. El juego de identidades consolidadas y en proceso de afirmación y los problemas de organización política, tanto rioplatense como chilena —que llevaron a la concepción de un monarquismo como solución ante

el avance de las fuerzas centrífugas— se conjugan con tensiones aparentemente más mundanas como la necesidad de garantizar el orden, evitando una nueva reconquista chilena; lo que llevó a que los actores conciban el lanzamiento de la Expedición como necesario. Por su parte, Stuenven hace eje en el rol de O'Higgins y la sociedad trasandina. Al rastrear la debilidad del Director Supremo frente a una élite chilena que era consciente de su necesidad pero recelosa de su autoridad, la decisión de hacer partir la Expedición se nos presenta, a la vez, como pragmática y peligrosa. Por un lado, resultaba necesario descomprimir la incomodidad que generaba en la élite la presencia de una tropa altamente costosa en su mantenimiento y por la cual nunca tuvo una simpatía demasiado evidente, a pesar de comprender su necesidad. Por el otro, la desaparición de esa fuerza removía el punto de apoyo de la autoridad de O'Higgins. Estos tres estudios, que tienden a reponer la contingencia y las tensiones que rodearon al período, dan cuenta del carácter temerario que tuvieron decisiones como la Declaración de la independencia chilena y la partida de la Expedición Libertadora del Perú.

Esta primera parte cierra con un artículo de Pablo Ortemberg centrado en la instrumentalización política por parte de los gobiernos de turno de las celebraciones centenarias y bicentenarias de la Independencia, tanto en Argentina y Chile como en Perú, donde hace eje su análisis. De esta forma, analizando tres niveles en los que dicha instrumentalización se llevó a cabo —el local, el nacional y el internacional— el autor pone de relieve las disputas políticas sobre las que se moldearon los relatos “canónicos” sobre la Expedición.

La segunda parte del libro incursiona en una temática poco abordada en su especificidad y que contribuye a iluminar un aspecto de la Expedición a todas luces central: el entramado de relaciones personales/políticas y tradiciones sociales y palaciegas que permitió la conformación de una red de espías y apoyos en territorio peruano, sin los cuales difícilmente la Expedición hubiese podido llevarse a cabo. Frank Díaz Petrel inicia esta sección con un artículo que busca ilustrar un aspecto poco estudiado de las consecuencias de las Reformas Borbónicas: el efecto que generó en la élite gobernante peninsular. Así, a través del caso del virrey Francisco Gil de Taboada y su sobrino Vicente Gil de Taboada, intendente de Trujillo, el autor da cuenta de la dinámica de esta élite. El nepotismo con el que se movieron las autoridades virreinales no soslaya las ansias de reforma que catalizaron un proceso de formación intelectual de sus cuadros con la intención de cons-

truir gobiernos basados en los más avanzados principios de la filosofía, la economía y la administración pública. A su vez, el autor aborda hasta qué punto la crisis de la monarquía de 1808 y luego de 1820, tensionó las concepciones de lo deseable en esta élite.

Los artículos de Gabriel Cid y de Víctor Peralta Ruiz componen el eje central de esta sección que resultará un insumo imprescindible para quien busque estudiar estos temas. El primero trata sobre un asunto a la vez espinoso y prolífico en la historiografía como es el rol de las logias (especialmente la Logia Lautaro) en las independencias americanas. El autor define a las logias como “maquinarias políticas itinerantes” resultado de la ausencia de partidos políticos y la peyorativa visión del rol de las facciones. A su vez, llama la atención sobre la centralidad de las tareas que las logias se autoimpusieron en América y que fueron claves para el desenvolvimiento de la Revolución: la formación de cuadros políticos y militares altamente disciplinados, el establecimiento de un horizonte de acción política coherente y de alcance continental, y la capacidad de surtir con cuadros burocráticos a la institucionalidad de las nuevas naciones. La aparente solidez de estas organizaciones secretas es altamente matizada por la evidencia que se presenta de la constante disputa política desarrollada en su interior, generando rupturas entre filiales de la Logia (la chilena y la porteña) o incluso hacia adentro de la misma sección (como es el caso peruano). El autor afirma que el fracaso de la Logia en territorio peruano se debió justamente a la imposibilidad de tramitar las tensiones identitarias y los conflictos político-sociales desatados particularmente en Lima con la llegada del Ejército Unido Libertador.

Peralta Ruiz, por su parte, centra su mirada en las redes de espías con las que contó San Martín en el Perú y, a través de un detallado y rigurosos análisis de fuentes —ya analizadas pero que el autor revisita con excelentes resultados— repone las biografías de varios de estos personajes que posibilitaron el éxito —al menos inicial— de la Expedición. Así, plantea la existencia de dos etapas en la tarea de espionaje: una que se extiende entre 1817 y 1818 donde los agentes son en su totalidad chilenos que se insertan de una u otra forma en territorio peruano, y luego una segunda etapa —posibilitada por el contacto con peruanos cuya identidad aún hoy se desconoce— donde florecen agentes locales de los más variados estratos sociales. A su vez, el rol de Tomás Guido como enlace entre este conjunto de espías y San Martín, arroja luz sobre la centralidad de su relación, tantas veces visitada. Esta recuperación de las biografías y trayectorias de los agentes secre-

tos de San Martín es clave para comprender la ejecución de la Expedición e invita a que otros historiadores e historiadoras continúen la tarea.

Finalmente, la sección cierra con el artículo de Tim Fanning que, a través de un estudio de caso centrado en la figura de John Thomond O'Brien, aborda la participación de militares extranjeros en la campaña recuperando incluso las disputas por la memoria de las que participaron en los años venideros, mientras buscaban hacerse un lugar en el entramado socio-económico de la nueva sociedad peruana.

La tercera parte del libro hace eje en Lima, la ciudad que se consideró epicentro imaginado de la campaña. En su estudio, Ascensión Martínez Riaza aborda la actuación del virrey Joaquín de la Pezuela dando cuenta de la multiplicidad de factores que debió enfrentar y conspiraron contra su eficacia. Desde ya, el ejército enemigo fue un dato central frente al que buscó reforzar Lima, entendiendo con ello que se garantizaba la defensa del Perú en su totalidad. Pero a la vez, debió encarar la puesta en funcionamiento de la Constitución de 1812, repuesta por el inicio del Trienio liberal, que habilitó la apertura de canales e intersticios institucionales por los que se colaron los cuestionamientos de la población local. Por último, la beligerancia de un grupo de oficiales liberales que cuestionaban su estrategia militar fue lo que dio por terminado su mandato con el motín de Aznapuquio.

El trabajo de Claudio Rosas Lauro centra su atención en los temores y angustias que despertó la Expedición en Lima. En un primer momento, estos sentimientos fueron despertados por las posibles consecuencias del triunfo revolucionario —pérdida del orden y del prestigio de la élite. Luego, el temor a la escasez y al levantamiento de la plebe, motorizaron los reclamos a las autoridades virreinales. Este temor a una suerte de guerra social se acrecentó con el abandono de Lima por parte de La Serna, para luego convertirse en angustia por la expulsión de españoles y el monarquismo de San Martín y su ministro Monteagudo. El estudio de Cristina Mazzeo profundiza esta cuestión al analizar lo que ella llama una “negociación imposible” entre el monarquismo protectoral y el republicanismo limeño. Aunque la discusión es conocida, la autora destaca en su originalidad al evitar binomios clásicos y posicionar el monarquismo de San Martín dentro de los dis-

cursos liberales revolucionarios e incluso hacer eje en los rechazos que despertó el accionar de Monteagudo en su radicalidad “regeneradora” (expulsión de españoles, creación de milicias, etc.).

Los artículos de Víctor Arrambide y Carmen McEvoy cierran esta tercera parte, abordando los mecanismos utilizados en estas disputas. El primero hace eje en la prensa patriota, destacando la eficacia en desarmar un entramado de temor a las revoluciones que había sido cuidadosamente construido a lo largo de las últimas décadas, especialmente por el accionar del virrey Abascal. Haciendo eje en los panfletos y proclamas arrojados sobre territorio peruano incluso antes de la partida de la Expedición, el autor plantea a los periódicos como el arma definitiva que utilizó el ejército para poner en circulación un conjunto de imaginarios y discursos que terminaron por desarticular el construido por las autoridades virreinales. Por su parte, McEvoy analiza los mecanismos con los que la sociedad limeña resolvió sus disputas, haciendo eje en el rechazo al monarquismo y retomando su idea del “motín de las palabras” en la expulsión de Monteagudo. De esta forma, la autora demuestra que los mecanismos utilizados en la ciudad para mostrar descontento, lejos de manifestarse a través de las instituciones establecidas, se apoyaron en formas más antiguas y arraigadas de participación como la movilización —cuasi tumultuaria— de la población. Así también, da cuenta de la inestabilidad generalizada producto de este mecanismo y del solapamiento de las dimensiones política y personal bajo el prisma de una reivindicación “moral” por parte de los limeños. La autora concluye que esta prevalencia del “imaginario” y el militarismo como búsqueda de resolución de conflictos, extendió su influencia bastante más allá del final del Protectorado.

La cuarta y última parte del libro es de una riqueza extraordinaria a los efectos de completar la imagen sobre la Expedición. Se trata de un conjunto de artículos que abordan la historia regional de distintas ubicaciones del interior del Perú. La extensión y diversidad, nos obliga a resumirlos despiadadamente dada la limitación de extensión con la que contamos. Instamos, sin embargo, a su lectura dado que, si este tipo de historias en general son un aporte que tiende a enriquecer y complejizar las visiones más abarcativas, en el caso de la Expedición se torna de importancia cabal ya que la campaña inició, se expandió y triunfó en el interior peruano antes de llegar a la capital. Fue, de hecho, ese triunfo casi arrollador en el interior lo que determinó la posibilidad del ingreso a Lima sin una gran batalla. Nelson Pereyra Chávez inicia esta sección con un estudio

sobre el caso de Huamanga, identificando las expectativas y discursos que permitieron el apoyo de la población local y, básicamente, del componente plebeyo cuyo referente icónico es María Parado de Bellido. El artículo de Elizabeth Hernández García se centra en el puerto de Paita en el marco del desembarco de Cochrane en 1819 como parte de la campaña naval lanzada ese año. La autora busca explicar el contundente triunfo revolucionario en esa ciudad y, para ello, rastrea la cultura política y la experiencia militar de la región. Concluye que en esa victoria hubo una causalidad tripartita compuesta por el menosprecio de las autoridades virreinales por lo que consideraban un “puerto de segundo orden”, la experiencia de saqueos piratas que tuvo como consecuencia la huida de buena parte de los sectores de la élite y artesanales y, por último, el fuerte apoyo de los indios de la región despertados por la esperanza de combatir la opresión que produjo la tramitación del discurso llegado al lugar a través de proclamas clandestinas.

Gustavo Montoya lleva a cabo un estudio sobre los Andes Centrales que busca comprender el carácter de la victoria patriota en esa región, cuyo epicentro fue Tarma. De esta forma, el autor ubica las expectativas que el discurso patriota generó en los locales, dando cuenta de una explosión de discursos, imaginarios e interpretaciones ante la llegada de la fuerza expedicionaria. Para nada menor fue el apoyo de la plebe que daba un significado por demás abarcativo a la “libertad” pregonada por el ejército. De la misma forma, los sentimientos de enemistad con Lima, “capital del despotismo” estuvieron al borde de generar una violenta y espontánea invasión de la ciudad por las fuerzas milicianas. Así, se aprecia el gran caudal de tensiones que la oficialidad del Ejército debió sortear y contener para llevar a cabo su objetivo de ser bien recibidos en Lima y triunfar por la fuerza de la opinión más que de las armas.

Por su parte, Pía Mendoza Villanueva explora el doble movimiento de violencia y movilización generado por la guerra en la Sierra peruana. La autora caracteriza a la organización militar en la zona como una “ciudadanía en armas” que, aún sin avalarlo explícitamente, habilitó la explosión de tensiones y enemistades de larga data en los distintos espacios. Así, la contundente victoria patriota hasta la toma de Lima encuentra su reverso en la virulencia de las expediciones punitivas del ejército virreinal tras su traslado a esta área. De esta forma, la guerra se nos presenta como una guerra total. A continuación, Gonzalo Zabala Córdoba analiza el Batallón de Huánuco que, a través de un estudio de caso, otorga carnadura y concreción a este

juego de disensiones internas y conflictos que caracterizó la guerra serrana. El autor detalla la multiplicidad de tensiones, deserciones y disputas políticas que sufrió a lo largo del breve período de dos años. Repone, así, una imagen de este batallón que habitualmente no se recupera, prefiriendo centrar la atención en las acciones de 1812.

El artículo de Margareth Najarro tiene una íntima conexión con el de Peralta Ruiz. Centrada en Cuzco, la autora rastrea las conexiones existentes entre los insurgentes cuzqueños y las tropas porteñas que se extienden desde el levantamiento de la ciudad en 1814. Así, nos presenta un panorama en donde la conexión entre los revolucionarios de distintos espacios geográficos excede ampliamente la temporalidad de la Expedición Libertadora que, sin embargo, se nutre de ellas para su desarrollo.

Los artículos de Luis Alberto Rosado Loarte, Juan José Rodríguez y Víctor Condori dan cierre a esta sucesión de estudios regionales. El primero centra su atención en el partido de Chancay y revela las características socioeconómicas y las disputas con el poder virreinal de indios y ganaderos del partido que explican el masivo apoyo obtenido por la expedición. Rodríguez, por su parte, llama la atención sobre un evento de la Amazonía, como fue la batalla de Higosurco llevada adelante por el pueblo de Chachapoyas del que él mismo es originario. De esta forma, da cuenta de la participación transversal de la población que incluye no sólo a indios y campesinos sino también a las mujeres del pueblo. Por último, Condori pone el foco en los comerciantes de Arequipa, centrandolo su atención en el puerto de Quilca entre 1820 y 1824. De esta forma, hace eje en la alteración de la realidad de un pequeño puerto con el abandono de Lima por parte de las tropas virreinales. Este puerto se convirtió en el epicentro del comercio de dicho bando y se abrió al comercio internacional, a pesar de que los comerciantes extranjeros encontraron límites para su instalación debido al importante peso de una élite local con fuertes vínculos con las autoridades. A partir de 1823, la realidad se modificó y florecieron las casas comerciales extranjeras aumentando el peso de estos comerciantes, beneficiados por su inmunidad a las exacciones y préstamos forzosos. Con el final de la guerra y la desaparición de los corsarios en el puerto, los comerciantes extranjeros se acercaron y comenzaron a desarrollar un espacio propio convirtiéndose en importantes miembros de la élite.

Cierra esta última sección el artículo de Hilda Sabato quien busca realizar una síntesis del libro. A través de cinco observaciones, la autora pone en duda la idea de la “república imposible” no cuestionando su dualidad inherente sino planteando la dinámica política de Hispanoamérica como un resultado de la búsqueda de fórmulas propias y una ampliación de la participación atravesada por horizontes igualitaristas nunca cerrados. De esta forma, se aleja de una interpretación que achaca “errores” procesuales en relación con modelos europeos y plantea una dinámica de creación americana.

Para concluir, debemos decir que *La Expedición Libertadora. Entre el Océano Pacífico y los Andes*, es un libro que sorteja con éxito la advertencia de Halperín Donghi con la que iniciamos esta reseña. El libro repone la incorporación de amplias capas de la población reinterpretando, de acuerdo con sus propias realidades, la participación en el proceso revolucionario, la inestabilidad política extrema a la que se vio sometida la empresa y, producto de lo anterior, la imperiosa necesidad de creación e invención de discursos, estrategias e instituciones a las que se vieron forzados los principales actores. De esta forma, da cuenta con particular éxito de las herencias y tradiciones que afectaron a la Expedición sin por ello perder de vista en ningún momento el carácter altamente disruptivo de todo el proceso.